

la estepa florecida

Carlos J. Aldazábal



poesía

Hamaca

Es que el misterio empieza con una sacudida,
un shock de sombra que estremece la escandalosa iluminación de la escena.
Otra probabilidad es que se sostenga en un zarpazo,
pero para eso el animal interior no debe estar amaestrado.
Al menos, algo de rugido debe conservar,
algo de toro enfurecido por la sangre.

Cuando digo “misterio” no me refiero solamente a tus ojos
o a la obvia pregunta sobre lo invisible,
salvo que lo invisible sea yo para tus ojos,
y ahí no hablamos de misterio, sino de olvido.

No: por misterio me refiero al estremecimiento, al vaivén,
eso que puede ser vals, aunque no solamente,
eso que puede ser sueño para despertar abrupto,
despertar de sirena, por ejemplo,
pero más de Odiseo que de ambulancia,

aunque para Ulises también hubieran sido misteriosos
esos colores rápidos, desatados al vaivén de la marcha,
al ulular de la luz contra la sombra, de la sombra contra la luz
y viceversa.

¿Y si el misterio no empieza?

Eso es lo inexplicable.

Ni sombra, ni luz, ni animal interior, ni esperanza, ni sangre.

Sólo una calma chicha, sobradamente conocida por otros navegantes,

los que anhelaron el misterio antes que el olvido,

pero recibieron el olvido,

los que esperaron la gotita de sombra en la luz centelleante,

pero fueron encandilados por el sol:

atados a su mástil, aguardando sus sirenas sin la suerte del griego,

mientras el mar los ahogaba, sin hamacarlos nunca.

Guacamayo

Tu máscara está pintada como un guacamayo:
eso te hace hablar más de la cuenta, y ese murmullo,
atrapado en la máscara, suele ser encantador.

A veces tu máscara alucina en la noche
como una balada irresistible entonada por hadas.
Otras veces, la presión del rojo la lleva a irradiar
un aire de vergüenza: es cuando yo acepto taparme la cara
con una bolsita de cartón, de ojos pintados y boca sonriente,
ideal para andar por una avenida transitada
sin ser percibido.

Sé que querés, pero yo no me atrevo a prestarte un espejo.
La ilusión es tan buena que aterra lo real,
como bien lo señala el verde de tu máscara.

Lo único que podría alterar tu escondite
es que tu máscara deje de ser máscara
para ser guacamayo. Y ahí te quiero ver:

vos sin máscara con una bolsita de cartón tapándote la cara,
paseando por la avenida con un guacamayo al hombro:
un aterrador efecto de realidad.

Pero por ahora tu guacamayo sigue siendo máscara
y te protege, incluso cuando caminás con ojos enamorados
y todas las bolsitas de cartón de la avenida
se dan vuelta para señalarte.

Esto es cosa sabida:

no basta un arco iris para tapar las nubes
ni una bolsita de cartón para morir
con la sonrisa en la boca.

Por ahora tu guacamayo es tu máscara,
y basta esa certeza.

Eso que fuimos, que seremos

Empiezo por los ravioles:

entonces se hacían los pactos de familia,
los acertijos de mortero
que luego sazonarían las salsas.

La pimienta significaba un estornudo,
y estornudar una plataforma de lanzamiento.

Pero no hace falta llegar a la estratósfera
para saber cuándo empieza otra esperanza,
parecida al ayer pero en futuro.

Es que evoco de nuevo esa molienda,
aquel acto de fe, aquel almuerzo,
cuando los pactos cruzaban Orinocos
ríos de salsa.

Pronto volverás, abuela,
a preparar los ravioles,
moliendo el mismo trigo
en el mortero.

Aquí estaré, carne de tus huesos,
cayendo en tobogán al precipicio
donde estarán tus manos para arroparme:

harina entre tus dedos,
satisfecho y feliz de ser servido
en la mesa final donde todo es memoria.

Kandinsky

La cuestión aquí es la despedida:
un pañuelito que se agita despacio
y una acequia por las mejillas.

Toda despedida es un pequeño luto,
como el negro de tu falda
o aquella tarde de domingo a la luz de la lluvia.

Algo de nostalgia también hay:
no por el pasado, sino por el futuro,
camino perdido entre malezas,
profecía que nunca ha de cumplirse.

Luego está la canción,
sea grillo, vals o chacarera,
candombe, acordeón o pajarito:

ruido impertinente que suena en el cerebro
sin que nadie lo llame,
justo cuando el pañuelo se agita
y las acequias desbordan
la lluvia, tu falda y el domingo.

La canción:

línea de fuga a lo Kandinsky
que pretende elaborar sus teorías
trazando una espiral:

punto en expansión por donde escapa el tiempo.

Vendaval

La prudencia se pierde con la lluvia.

Ni siquiera un paraguas me cubría
y no existió el amor por esas horas.

Fue pura cerrazón lo que dio el cielo,
pura lánguida voz, puro estoicismo,
pura razón sin crítica ni agarre.

Hubo un alero gris, pero no quise.

También se vio un zaguán,
pero tampoco entramos.
En esa distracción quedó perdida.

Ya las gotas no daban con su forma,
ya su canción de ahogada me aturdía,
ya sus velos de musa me obligaban a oscuro,
y el puro tiritar no nos fue suficiente.

La prudencia se pierde con la lluvia.

¿De qué sirven lamentos que no salvan?

Si no regresa el sol continuará extraviada,
y extraviados los dos seremos polvo,
partículas de polvo disfrazadas de agua,
gotas de un vendaval que no termina.

Tigre

Felino sí.

Probablemente puma o simple gato:

la madera tallada no transmite verdades

y a un tigre de madera no se le ven dibujos.

Faltaría un pintor, alguien que con minucia

le decore el hocico, las patas, los costados,

para que la madera forme al tigre,

espejismo de rayas, pura voluntad de artesanía.

Luego sí, vendrá algún domador hecho de plomo:

acercará la silla, y al oído del tigre

escupirá verdades hasta formar la jaula.

Con un poco de alambre cubierto de algodones

construirá un gran aro para que el tigre salte

y el fuego lo consuma, como consume el fuego la madera.

¿Y si el tigre le ruge? ¿y si el tigre no salta?

¿si la silla se rompe y el domador tropieza?

¿y si el fuego perdona los colores del tigre

y se encarga del plomo y lo convierte en río,

y el tigre va y se baña, como hacen los tigres

que no son de madera, y se queda sin jaula?

¿Entonces se sabrán los dibujos del tigre?

¿O será por el agua, su devenir, sus ríos,

que Heráclito hablará de las certezas?

Epitafio

¿Cómo resucita el carnaval después de la cuaresma?

¿Cómo se sostiene el alma en equilibrio?

¿Cómo se sacude los embates del miedo?

Contrapunto al tango:

miren el cartel que señala la ruta,
el camino al embrión, a lo oscuro, lo frío,
a la misma placenta.

Otra vez a remar, ya sin corriente,
sin ningún empujón hacia la orilla,
puras manos perversas empujando hacia abajo.

¿Cuándo resucita el carnaval?

Fuimos felices en la casa del sueño,
todos reunidos nos pensamos posibles
y las horas pasaban tranquilas, complacientes.

Fuimos valientes en el sol de la siesta,
bajo un resplandor sutil, esperanzado,
que no tardó en opacarse.

Entonces fue la noche,
la certeza de un dios impiadoso
cumpliendo su venganza:

las sombras se agigantaron;

por el cielo, un jinete del apocalipsis
ataba un cadáver a su carro triunfal.

Todos lloramos, abrazados y frágiles,
en nuestro velatorio,
y al llegar al entierro ya no sentimos nada.

Así escribimos nuestro epitafio:

estamos esperando
el momento del átomo,
la revancha final,
el gran desquite.

Lo que alivia el rencor

Sólo que la muerte no era la muerte:
era una hinchazón abultada en el cuello
que a cada bocanada decantaba en esquir-la.
No había aire sino espesura con forma de polvo,
un labio apretado por el rencor y el tiempo.

El que no aparecía en este relato
era el sublime momento de la palabra justa,
el instante preciso de la redención,
donde la esquir-la rebota
y el odio se diluye en la limpidez del cielo.

No aparecía, y la vejez venía apabullando,
y la mirada se oscurecía por el polvo
y el rencor no cejaba en su estridencia.

Hasta que brotó el río.

No era palabra sino agua,
un poco enturbiada por el barro, eso sí,
pero lo suficientemente cristalina
para lavar lo rojo.

Y la muerte seguía sin ser muerte,
pero tampoco esquir-la,
ni hinchazón abultada por lo triste.

Era fluir, trepar por la corriente,

llegar a la desembocadura del origen
para dormir tranquilo, apaciguado,
listo para volver, para nacer de nuevo.

Pasaporte

No sería esta carta el único motivo:
los coleópteros vuelan hasta donde pueden
y si la noche cae en emboscada
no es indignidad entregarse en sus brazos.

Hablo de una carta como excusa,
lo que justifica el sello del fracaso,
una pregunta por la irrealidad de las fronteras.

Hoy que las cartas sólo son pasaportes
rememoro el momento de la firma,
cuando alguien creía en las pisadas,
en los tramos difíciles convertidos en polvo.

Y el polvo era de arena movediza
y las pisadas débiles gateos
y la firma un arrebato de temblor.

En el zaguán que adorna la frontera
hay plomo que mira desde los uniformes,
para que acepte la suerte que me toca.
Y esta carta que tengo no me sirve:

hace mucho que porta mi cadáver,
coleóptero pueril que se ha perdido
sin llegar a su flor, a su alimento

Escuchando a Lou Reed

La canción de las cenizas
desgarra el aire con sus lamentos:
prédica de lo que será, de lo que fuimos.

Afino la sintonía
y la cortina que disimula la nitidez
se desvanece para sacarnos una foto:
vos con tu manía de lo verdadero,
yo con la imaginación de una vejez perfecta.

Cuando la canción de las cenizas se calle
todo volverá a su anestesia,
ilusión de eternidad, espejismo de lo durable.

Pero la canción de las cenizas volverá a sonar
para acunarnos.

Confundidos en sus notas,
esparcidos en un mar a cuya orilla
arderá la hoguera de unos huesos
parecidos a nosotros.



Carlos J. Aldazábal (Salta, 1974). Sus últimos libros de poemas publicados son: *Camerata carioca* (2016), *Mauritania es un país con nieve* (2019) y *Paraje* (2021). Obtuvo, entre otros, el Premio Olga Orozco del Fondo Nacional de las Artes (2021) y el Premio Ciudad de Irún (País Vasco, España, 2019). Su poesía ha sido traducida a varios idiomas e incluida en antologías nacionales y extranjeras.

